



Declaración

"El papel de la Agroecología en el futuro de la agricultura y el sistema alimentario"

***'La llamada desde Brasilia'
Septiembre de 2017***

Miembros de la Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA) y de su capítulo de América del Norte (SOCLA-NA) se reunieron en Brasilia el Lunes 11 de Septiembre de 2017 antes del VI Congreso Latinoamericano de Agroecología. Este encuentro también reunió a científicos e investigadores de otras organizaciones como la 'Asociación Brasileña de Agroecología' (ABA), 'IFOAM - Organics International', 'Food First', 'Agricultura Familiar e Agroecología' (ASPTA), 'La Red de Agroecología Cuba-Estados Unidos' (CUSAN) y de Universidades de Canadá, Estados Unidos, Holanda, Suecia y España quienes endorsaron la presente Declaración. Miembros de la 'Vía Campesina' y 'Agroecología Europa' contribuyeron a las discusiones que condujeron al texto final.

Contexto

La Revolución Verde, símbolo de la industrialización agrícola, no solo falló en garantizar una producción de alimentos segura y abundante para todas las personas, sino que también puso a los sistemas agrícolas y alimentarios actuales en un camino insostenible de múltiples crisis, incluida la contaminación ambiental, la degradación del suelo y la sobreexplotación de los recursos hídricos, la pérdida extrema de biodiversidad, servicios ecosistémicos debilitados, la erosión de los medios de vida rurales y la expropiación y la pérdida de campesinos, pueblos indígenas y agricultores familiares. Estos impactos también afectan a los ecosistemas terrestres y acuáticos circundantes a través de contaminación acuática y atmosférica.

Además, la agricultura industrial contribuye con alrededor del 25-30% de las emisiones de GEI, alterando aún más los patrones climáticos y comprometiendo la capacidad del mundo para producir alimentos en el futuro.

La industria agroalimentaria fomenta el hambre al rebajar los precios que reciben los agricultores y destruye la viabilidad económica de los sistemas alimentarios locales. Las actividades económicas extractivistas como la minería comercial, el fracking y otras, así como los conflictos armados, exacerbaban los problemas en el campo. Además, este sistema ofrece cada vez más alimentos procesados de baja calidad nutricional, altos en sal, azúcar y grasas, con énfasis en cantidades excesivas de carne y productos lácteos, todos los cuales contribuyen a las epidemias de enfermedades relacionadas con la dieta y la obesidad que afectan actualmente a billones de personas.

A la luz del cambio climático, la concentración corporativa y financiera y el aumento de los costos de energía, podemos esperar una continuación de la volatilidad de los precios de los alimentos, la desnutrición y el hambre. Esta situación se ve agravada por el hecho de que para 2030, el 60% de la población urbana mundial vivirá en ciudades, mientras que más del 56% de los pobres del mundo y el 20% de las personas desnutridas se concentran en las ciudades. Hoy, para una mega ciudad con 10 millones de personas o más, se deben importar más de 6.000 toneladas de alimentos cada día, viajando un promedio de 1,000 kilómetros.

Los monocultivos promovidos por la agricultura industrial se han expandido dramáticamente en todo el mundo; solo un puñado de especies de cultivos y variedades dominan los 1.500 millones de hectáreas de tierras agrícolas del planeta. La drástica reducción de la diversidad de plantas y animales ha puesto a la producción mundial de alimentos en gran riesgo, debido a la extrema vulnerabilidad a las plagas, enfermedades y la variabilidad climática asociada con la uniformidad genética. El sistema alimentario industrial globalizado no es sostenible ni equitativo, no solo no satisface las necesidades alimentarias de los pobres, sino que también ha perdido la confianza de los consumidores del norte.

A pesar de estos desarrollos, los campeones de la Revolución Verde invocan un temor neo-maltusiano de sobrepoblación para justificar la intensificación agrícola y la industrialización al afirmar que "Alimentar a nueve mil millones de personas en 2050 requerirá un aumento del 70% en la producción mundial de alimentos". Esta posición ignora el hecho de que ya producimos suficiente comida para 10 mil millones de personas, sin embargo, más de una de cada siete sufre hambre. No menos del 50% de los alimentos del mundo es proporcionado por productores de pequeña escala en menos del 25% de la tierra cultivable. La mayoría de los alimentos que se consumen hoy en día en el mundo se deriva de 5,000 especies de cultivos domesticados y 1,9 millones de variedades de plantas locales cultivadas por campesinos sin agroquímicos o semillas genéticamente modificadas. Este contexto crea un "impulso" para el desarrollo y la ampliación de la agroecología tal como la practican los agricultores campesinos y familiares. Hay un número creciente de estudios e informes que sugieren que una transición a una agricultura agroecológica no solo proporcionaría a las familias rurales beneficios sociales, económicos y ambientales significativos, sino que alimentaría al mundo de manera equitativa y sostenible.

Agroecología en disputa

La agroecología surgió como una alternativa a la agricultura convencional intensiva en insumos energéticos mediante la aplicación de conceptos y principios ecológicos (muchos derivados del estudio de la agricultura tradicional) al diseño y gestión de sistemas agrícolas sostenibles. Ya en la década de los 80s las ONGs de América Latina, sentían la necesidad urgente de combatir la pobreza rural y conservar y regenerar la base de recursos deteriorados de las pequeñas propiedades campesinas. La agroecología brindó un nuevo enfoque a la investigación agrícola y las estrategias de manejo de suelo, agua y biodiversidad, y se prestó a un enfoque más participativo para el desarrollo y la difusión de tecnologías apropiadas. Hoy la agroecología ha sido retomada por los movimientos sociales rurales y es vista como una ciencia transformadora, impulsada por un movimiento que está explícitamente comprometido con un futuro más justo y sostenible al transformar las relaciones de poder que dominan los sistemas alimentarios.

Las agencias de ayuda multilateral, los gobiernos, las instituciones de investigación y las organizaciones académicas primero ignoraron, y luego se

opusieron a la agroecología. Hoy, sin embargo, las deficiencias de la agricultura industrial los empujan a abrazar una versión de la agroecología suavizada y favorable a las empresas, despojándola de sus dimensiones históricas, sociales y políticas. Muchas instituciones y el sector privado intentan reducir la agroecología a un conjunto de técnicas que deben adoptarse junto con opciones biotecnológicas para afinar y mitigar los aspectos destructivos de la producción industrializada de alimentos. Nuevos nombres como "agricultura climáticamente inteligente", "intensificación ecológica" o "sostenible" se proponen como estrategias destinadas a aliviar la crisis de sostenibilidad de la producción industrial de alimentos, sin cuestionar la estructura de los monocultivos y las relaciones de poder que los mantienen. En realidad, estas no son alternativas al sistema alimentario industrial, ya que se basan en el monocultivo, los insumos externos y el debilitamiento de la autonomía de los agroecosistemas. Lo que pretenden es mantener la agricultura como un vasto mercado para los proveedores de insumos. Por lo tanto, esta nueva "Revolución doblemente verde" conserva la misma orientación genética y de mercado que la Revolución Verde original, pero ha agregado tecnologías transgénicas, mercados globales, preocupaciones medioambientales y un papel de liderazgo al sector privado.

Por el contrario, los movimientos sociales rurales, ONGs y académicos progresistas no consideran que la agroecología sea una herramienta para el modelo de producción industrial de alimentos, sino que la ven como la alternativa esencial a ese modelo, y como un medio para transformar la forma en que producimos y consumimos alimentos, contribuyendo a la creación sistemas alimentarios inclusivos y equitativos. La agroecología, como la definimos, no se basa en recetas, sino en principios aplicados de manera diferente a cada realidad, de modo que, a pesar de muchos intentos, la agroecología real es relativamente invulnerable a los intentos de cooptación. Los sistemas alimentarios agroecológicos son diversos, condicionados por su contexto local y se consolidan a través de la planificación por múltiples actores en áreas rurales, periurbanas y urbanas. Exigen una visión fundamentalmente diferente de los sistemas alimentarios que van en contra de los sistemas alimentarios globalizados actuales basados en la especialización, la industrialización y las consideraciones económicas a corto plazo.

Millones de pequeños agricultores y campesinos que practican la agroecología en todo el mundo constituyen una barrera importante para la expansión de la agricultura capitalista. La mano de obra familiar, el tamaño pequeño de las fincas, la agricultura diversificada, los sistemas de conocimiento local, y las estrategias pluriactivas de sustento de los pequeños agricultores preservan los sistemas agrícolas campesinos, y cuando se vinculan a los consumidores a través de mercados solidarios locales, pueden eludir el sistema alimentario hegemónico.

Ampliación y agroecología para la transformación de los sistemas alimentarios

Una crítica común a la agroecología es que, si tiene un gran potencial para abordar los múltiples desafíos que enfrenta la agricultura, ¿por qué los agricultores no la adoptan más ampliamente? En realidad, se han dedicado muy pocos recursos a la investigación y extensión de la agroecología y casi ningún apoyo de políticas conducentes se ha dirigido a la agroecología. A pesar de este descuido, millones de pequeños agricultores han adoptado y expandido la agroecología. Estas iniciativas se han implementado con menos del 10% de los fondos destinados a los 15 centros internacionales de investigación del CGIAR. No obstante, la agroecología ha tenido un impacto tangible y positivo en el rendimiento de los cultivos, la conservación de los recursos y la seguridad alimentaria. Al cultivar una diversidad de diferentes cultivos adaptados localmente, los agricultores responden a una gama de necesidades nutricionales a nivel de familia y de comunidad, y reducen los riesgos derivados de la variabilidad climática y la dependencia de insumos externos. Además, la agroecología reduce los costos y las deudas de los agricultores, aumentando su autonomía y control sobre sus territorios y medios de producción.

Hacemos un llamado por un mayor apoyo para documentar y aprender de experiencias agroecológicas exitosas, de manera de mejorar nuestra comprensión de los principios y procesos que subyacen su sostenibilidad y resiliencia, ya que esto ayudará a expandir la agroecología.

Varios académicos y algunas ONGs han sugerido formas de superar las barreras para escalar la agroecología. En una serie de informes recientes se puede encontrar una larga lista de sugerencias que van desde crear un entorno propicio, proporcionar incentivos adecuados a los agricultores,

crear mercados especiales hasta financiar más investigación y educación sobre agroecología. Estamos de acuerdo en que existe una necesidad urgente de reformas en las políticas, las instituciones y las agendas de investigación y desarrollo para garantizar que las alternativas agroecológicas se adopten masivamente y de manera equitativa y ampliamente accesible. Pero también debemos abordar el "bloqueo" estructural que impide una transición a la agroecología que depende del control político y económico de los sistemas alimentarios, semillas, tecnologías, puntos de información e incluso agendas de investigación en sistemas de investigación públicos nacionales e internacionales por lo que ha sido denominado el régimen alimentario corporativo.

Llamamos a iniciativas más sólidas que conduzcan a la ampliación del conocimiento sobre los principios de la agroecología entre agricultores y aliados, integrando la práctica y la ciencia para la regeneración del suelo y a la conservación del agua y la gestión de la biodiversidad a nivel de finca y paisaje, y a la creación de escuelas de agroecología y bancos de semillas localmente adaptados. **Nuestro llamado** también es a la transformación del régimen alimentario corporativo, que requiere un cambio importante de sociedades integradas a la economía de mercado a depender más bien de redes alternativas de alimentos que reducen la distancia entre productores y consumidores, asegurando al mismo tiempo que los alimentos sean saludables y accesibles para todas las personas y para que se creen y retengan más riquezas y empleos dentro de las economías locales. La soberanía alimentaria depende de hacer la agricultura más productiva, pero también de ampliar las estrategias agroecológicas que hacen que los medios de vida rurales sean diversos, interconectados y adaptables. En la lucha por la soberanía alimentaria en la cual la incorporación de la agroecología es un pilar fundamental, la igualdad de género y el empoderamiento de las mujeres es una prioridad.

Esta es la razón por la cual una creciente diversidad de actores (organizaciones de agricultores, académicos progresistas, ONGs, consumidores y ambientalistas) están formando movimientos transnacionales agrarios y de justicia alimentaria que se oponen al sistema agroalimentario global dominado por las corporaciones, bajo la bandera de la soberanía alimentaria. **Llamamos** a los y las agroecólogos a construir alianzas estratégicas con movimientos que impulsan luchas radicales a

favor de la soberanía alimentaria, ya que esta es una forma de fortalecer el contra movimiento al régimen alimentario corporativo. Un fuerte contra movimiento podría generar una voluntad política considerable que apoye una reforma transformadora de nuestros sistemas alimentarios. Los medios de subsistencia de los pequeños agricultores, la eliminación del hambre, la restauración de la agrobiodiversidad del planeta y la resiliencia de los agroecosistemas serían mejor servidos en este escenario.